

LAS TRES COLUMNAS DE LA UNIDAD EUROPEA

La visión de Europa puede asestarse desde infinitas miras. Las más auténticas, las que mejor nos darán el contenido de su densa personalidad, serán aquellas que han contribuido, que contribuyen siempre, a formar sus rasgos esenciales. No hay que temer aquí el hecho de que la proximidad reduzca nuestra perspectiva. No existen en este caso los árboles impedidores de abarcar el bosque. Lo que lograremos con la experiencia adquirida desde nuestro observatorio-actor a medida que ahondemos en el estudio de lo europeo, es el desentrañamiento de la fundamental aportación hispana en el conjunto continental, obteniendo su real valor, en función de nuestra historia, de nuestra psicología, de nuestro Arte, hasta poder situar a Europa y a España en los lugares de relación que legítimamente corresponden a ambas entidades.

Por condensada, por cultivada, por compleja, Europa es la porción del Mundo más difícil de definir. Las aportaciones han sido abundantes y diversas. De todas ellas extrajo para sí la unidad apretada de su característica civilizada. Este centro del mundo, almendra

de la actividad del pensamiento, no surge contorneado y expedito tras un breve proceso de gestación, sino que es alambique por donde se han infiltrado, depurándose, las corrientes más hondas de la sensibilidad humana. Millones de cerebros y de corazones han trabajado para alcanzar la personalidad del continente. Obra de generaciones, de edades, de pueblos, en que ninguno capaz de poseer propia personalidad ha dejado de señalar su presencia. España la ha poseído, la posee inagotablemente, y al concierto de Europa acudió con apasionamiento desde el día primero. No es, por tanto, el país que se ausenta ni se borra, sino que comparece y actúa con papel primacial en su escenario, timbrándose su voz de resonancias unitarias e imperiales, encarada siempre hacia los más altos destinos. Su historia representa en el seno del Continente, la aspiración europea más lógica.

Europa es la menor de las partes en que se divide el Mundo. Tan pequeña, que muchos geógrafos la registran con sus islas circundantes como una península de Asia. Condiciones físicas la capacitan, sin embargo, para el predominio mundial que le reservaba la Providencia. Europa crece en habitantes conforme se desenvuelve su natural existencia. Del estado primitivo en que la encuentran las corrientes civilizadoras que le llegan de Asia, va adquiriendo tono y dimensión. Consigue ser, en su pequeñez, el continente a la medida del hombre, si bien, acaso la superpoblación posterior rompa este equilibrio. Sintió antes que ninguna otra tierra necesidades de imperio, que no dejaron de ser entrevistas por los hombres augustos de Europa en todos los tiempos. No fueron los de España quienes menos defendieron y batallaron por esta tesis. Y así como Fu-

ropa recibió su soplo fundacional desde otro continente, el asiático, derramó en compensación su ansia creadora en todas las latitudes del Planeta. He aquí el problema que se ofrece al porvenir. ¿Se repetirá el caso de que la historia reciente arrebatase el cetro del mundo civilizado a la que fué su engendradora? No es propósito de este ensayo enfocar tal pretendida posibilidad, que sólo de soslayo anotamos, puesto que completa el planteamiento de nuestra tesis. Pero ya que la cuestión tangente se ha afluado a nuestras líneas, señalemos también nuestro juicio adverso a esa posibilidad. Europa es perfecta en su morfología, en su unidad climatológica, en su articulación, en su aptitud para la intercomunicación. Los demás continentes carecen de tales cualidades. Europa es la pieza más acabada que forjó la Providencia. Tuvo, desde el momento mismo de su orto, una misión que definen sus costas y su suelo, sus relieves y su agrupamiento. Es, por consiguiente, difícil que le sea arrebatada la encomienda. Pero que no sean tampoco estas palabras una invitación a la indolencia. De nosotros mismos, los hombres de Europa, ha de depender en gran parte la conservación de nuestro tesoro cultural.

Pero regresemos a nuestra tesis. La visión española de Europa, nos descubre características propias al estudiar la configuración moral y la estructura política del Continente. España quiere siempre para Europa un destino imperial, es decir, una Europa unida cupularmente por la vía del Poder católico, fusionada en la vida espiritual, esencialmente justa, fundamental y racialmente justa, o sea capaz de recoger cuantas empresas brotan dentro de ella con raíz histórica o nacional, si son aptas para satisfacer las aspiraciones más altas

de los grupos humanos que la habitan y no se oponen a su ansia irrefrenable de universalidad. A lo largo de la Historia, las apetencias hispanas por Europa, coinciden y caminan de consuno con las de otros países prósperos. Pero lo más alquitarado, lo que forma el núcleo de su pensamiento unitario, nos pertenece totalmente. Es nuestra filosofía, ha sido nuestra acción moral de siglos la que representa nuestro carácter auténtico y nadie con mejor derecho que España puede exhibir sus credenciales ante el mundo europeo, como su más activo y esforzado paladín.

Para este continente pequeño, en el que se puede laborar y elaborar con más persistente contacto, ha soñado España lo que su traza requería. Unidad en la diversidad, equilibrio en las fuerzas, medida en los contrastes, matices entre los extremos, particularidad de los componentes adherida a una personalidad esencial del conjunto. Es decir, los rasgos más propios de la civilización occidental. Porque Europa, hay que acabar de decirlo, es fundamentalmente Occidente. El Oriente de Europa que los griegos exploraron no es exactamente Europa, sino umbral de Asia, Eurasia. Eurasia se despega del resto europeo. No posee configuraciones análogas, ni fortalezas naturales que la defiendan. No la precaven costas ni montañas, sino que se extiende, yerta y solitaria, en estepas infinitas que son configuración desolada y uniformidad alucinadora. Eurasia queda al otro lado de la barrera carpática. Una línea ideal, con escasa ondulación —la suficiente para absorber Polonia y Lituania, católicas, y por tal, europeas— trazada desde el Báltico al Mar Negro, nos dejaría Europa más reducida en su proporción, una vez desprendida la Eurasia. Es decir, que ganaría en homoge-

meidad, en articulación. No sería sino una gran provincia. Las estadísticas pueden relacionarnos con los vastos espacios de otros continentes —los Estados Unidos de América, la India— y adjudicarnos la proporción correspondiente.

Sobre este continente han obrado y no dejan de seguir obrando las fuerzas más imperecederas y relevantes del pensamiento humano. Su origen, su constitución, su fisonomía primigenia, se los brinda el Mediterráneo. De sus ondas le llegan la cultura, la colonización, el descubrimiento. Para devolver centuplicado el mensaje, necesitó un mar infinitamente más grande: el Atlántico. Este ángulo de aguas que asedian y acarican a Europa, y que son receptáculo y dispersión de cultura, tiene un vértice geográfico que no puede olvidarse: es España, la Península Ibérica.

Europa debe a los griegos su formación intelectual, a los romanos su estructura imperial y al cristianismo su espiritualidad. Los momentos creadores, cruciales, de su instalación en el mundo, los determinan esas tres fuerzas históricas. Después, compete a los pueblos que la componen dar vida y desarrollo al encargo conferido por esa trilogía básica. Y, como en la Europa descubierta y creada, España ocupa un lugar sobre el que se amontonan los deberes, España no desoye la llamada. Desde las colonias fenicias y griegas, hace acto de presencia, reclama su papel puntero. Recibe más tarde la influencia romana y la visigótica; emprende la Guerra de Reconquista, legítima cruzada esencialmente europea y defensiva de la savia de Occidente; llega hasta el Imperio, realización soñada del porvenir europeo en su plano mundial, y resurge ahora tras una lucha titánica contra una forma de barbarie asiática, embebiéndose

en la suprema luz de Occidente. Pero vamos a fijarnos ahora en los estratos básicos, en los fundamentos perennes del gran edificio europeo, sintetizándolos en las tres decisivas aportaciones de la cultura griega, de la política imperial romana y del sentido universal de la Iglesia Católica. Marcharemos por pasos contados en el estudio de cada una de esas fuerzas creadoras, observando al mismo tiempo cuáles son las que concurren con la nuestra, limitándola, encauzándola o incluso enfrentándose con ella. Sin embargo, proclamamos, antes de penetrar en el campo intrincado de esta Historia iniciadora de todas las avideces, nuestra fe inmodificable en esa cualidad hispana que tantas veces sintió Europa, que tanto cooperó a trabajar su contorno moral, y que será, a la postre, la reconocida semblanza del mejor carácter europeo. Estamos donde estuvimos, y como siempre, oteamos el futuro, en un ardimiento deseoso de encontrar los rasgos determinativos de una Europa consciente de su destino, que es, en definitiva, el modo de hallar un mundo mejor.

I

GRECIA Y EUROPA.

Para investigar los orígenes de Europa hay que dirigirse a ese ámbito oscuro en que la historia de Grecia se junta con la mitología, y forma una amalgama de hombres, dioses y héroes. Era espléndida en que la belleza y el valor guerrero consienten esos difuminados de frontera entre los hombres y los seres dotados de divinidad. Europa se aflora como continente al conju-

ro de los griegos que la descubren, recorren y moldean finamente. Pero antes ha nacido como mito. Y no como uno solo. Europa es una de las tres mil Occánidas, hijas del Océano y de su hermana Tétis. Hesiodo la nombra en el verso 357 de su Teogonía, el poema genealógico de los dioses y el mundo. Pero el papel de Europa entre sus innumerables hermanas no es destacado. Cuando se ofrecen a Europa todas las ventajas del símbolo lo hace adoptando el mito en que aparece como hija de Agenor, el rey de Fenicia, y hermana de Cadmo, el héroe que dió muerte al dragón de la caverna de Marte. Europa, según este mito, más difundido y cantado por los poetas de todos los tiempos, es una doncella de deslumbrante hermosura. Júpiter la vió jugando con sus compañeras en los suaves prados junto a la mar de rizadas ondas, y se prendó de su galanura. Para conseguir su amor, Zeus se convierte en toro, un toro lustroso, armónico, de tiernos mugidos, que se deja acariciar por las muchachas y enguirnaldar de flores. Europa, más intrépida que las demás, no teme sentarse sobre su grupa. Y cuando sus compañeras van a imitarla, el toro emprende una huída veloz en dirección al mar, cuyas azules aguas se abren amorosas para darle paso. Los monstruos marinos saltan en su derredor, las nereidas forman su cortejo. Poseidón guía al raptor y, por fin, llegan a tierra firme. Es la isla de Creta. Europa se lamenta de su suerte, desasida de su hogar, de sus amigas, de sus juegos, de sus tierras. Y Venus le hace saber la noticia asombrosa. Es la esposa de un dios, de Zeus, y le está reservada la misión que corresponde a su celeste rango.

Fábula que ha tenido muchas interpretaciones. Una de las más razonables es la referida a unos comercian-

tes cretenses que negociaban a lo largo de las costas fenicias, y raptaron a una bella muchacha llamada Europa, para ofrecerla a su rey Júpiter-Asterio. El mascarón de proa del bajel en que el rapto se llevó a efecto representaba un toro blanco, de donde pudo originarse la leyenda de que Júpiter se había metamorfoseado para arrebatarla de los suyos. La fábula relata que Europa se granjeó de tal forma la admiración y afecto de sus súbditos, que al morir le fueron tributados honores divinos. Y eternizaron su recuerdo sus hijos Minos, Radamanto y Sarpedón.

Dos datos apuntan en el mito, que cobran correspondencia con la realidad. Los que se desprenden de su etimología griega: "eurus", ancho, amplio, espacioso, y "ops", término poético que viene a significar ojo, o mirada. La muchacha era muy bella, tenía los ojos grandes, y la piel tan blanca, que llegó a pensarse si una de las hijas de la diosa Juno la había robado el pomo de sus afeites, para entregarlo a la doncella Europa. De ahí nuestra raza blanca... Otro rasgo del mito no menos fundado en la realidad, es el de atribuirle Asia como cuna de su natalicio, así como su establecimiento en Creta. Para nadie es un secreto que de Asia nos vino la civilización, y que los primeros naturales peldaños los constituyeron las islas del Mediterráneo oriental. El mito de Europa señala, pues, a las claras los orígenes de la civilización de Occidente. Sea trasposición del mito oriental, que habla del toro celeste, descendido para encontrar la diosa de la Tierra, a la que fecunda en bodas sagradas, sea el principio de varón y hembra que los cretenses adoran en la efigie de la diosa sobre el lomo del toro, lo cierto es que esta figura se encuentra en múltiples pinturas, esculturas, bronces,

vasos y monedas en las que no sólo Europa, sino Afrodita, Astarté o Artemisa, son las cabaigantes. De todas ellas, la que mejor coincide con la significación oculta de la leyenda es Europa, que nos llega del Asia, madre de todas las grandes religiones y generadora de todos los grandes mitos.

El mito penetra hasta la región mediterránea, donde encuentra aquel tráfico de comerciantes y piratas, de conflictos y de cambios, que da animación y vida al mar interno. Entonces se asienta en Creta y de allí se convierte y extiende a toda una civilización intermedia entre Grecia y Asia. De Minos, hijo de Europa, parte una dinastía que se adjetivará con su nombre. Los Minos cretenses son como los Faraones egipcios o los Césares romanos. Y por ser rey, y rey-sacerdote, encarna el Minotauro —variante del mito— al cual se consagraba especialmente el “labrys”, que era la doble hacha de bronce con la que se efectuaban las inmola-ciones. El “labrys” era, a su vez, el símbolo del rayo que fulmina los árboles, puesto que derramaba la sangre del Minotauro, y “domaba sus cuernos”, arrebatándole su fuerza guerrera y su energía generadora, para transmitir las a los hombres. De aquí que la residencia del Minotauro, donde se conservaba el “labrys” sagrado, se llamara laberinto. Un detalle interesante que completa la evocación es el de que Minos, que llevaba el “labrys” como sacerdote y el cetro como rey, tenía por emblema una flor de lis. Por donde el reino de Creta es el primer reino de las flores de lis.

Creta es un Estado poderoso por su organización, por sus artes, por sus leyes, por sus riquezas. Nación colonizadora y marinera, la Creta de los Minos extiende por todo el mundo egeo, por toda la Grecia conti-

mental, el culto de Zeus, asociado al de su esposa Europa, y el genio de Grecia se apodera del mito para hacerlo entrar en su politeísmo y para humanizarlo. En el hecho de tomar mito y nombre del charco mediterráneo en cuyas orillas se miran los tres continentes, Asia, Libia y el que va a llamarse Europa por designio de los griegos, éstos aceptan el presente asiático, lo arrancan para siempre de su origen y le van a dar una forma y un sentido. Cuando toman el nombre de Europa, es para enarbolarlo en una égida de exploraciones y prenderlo en todos los ángulos del continente que van a descubrir.

Porque, antes ya habían hollado suelo europeo y traficado con sus aborígenes, otras gentes asiáticas, venidas en alas del comercio a negociar, a cambiar productos. Eran los fenicios y los cartagineses. Los primeros se afincaron en las costas mediterráneas. Según una tradición recogida por Herodoto, procedían de las del Golfo Pérsico. Eran, por imperio fatal del destino, inevitablemente marinos. Fundaron Sidón y Tiro, cuyo recuerdo se equipara siempre al de la Génova y la Venecia del Renacimiento, tanto por la riqueza, como por su calidad de puertos internacionales y metrópolis comerciales. Se extendieron lentamente a través del litoral mediterráneo, pero clavaron una flecha a lo largo: Gadir, que luego llamarían Gadeira los griegos, Gades los romanos y Cádiz los españoles. Con este nombre fenicio se confería a la Península Ibérica su categoría y su voz. Gadir era terminación mediterránea y orientación al mar exterior. También se aventuraron por él los fenicios, quienes treparon por las costas atlánticas de la península, y supieron de la Galia y de las costas meridionales británicas. Las hoy islas Silly,

poseedoras de yacimientos de estaño en aquella época, fueron explotadas por los fenicios, que las llamaron Casitéridas. Y corrieron por otras costas, las occidentales del Africa y las del Mar Rojo, pero no cuentan estas aventuras para el objeto de nuestro relato.

Los cartagineses partieron también al Atlántico, con la avidez de encontrar nuevas tierras; Plinio el Viejo, relata escrupulosamente el periplo de Himilco por las costas atlánticas de Europa, al tiempo que Hannon recorría las africanas del mismo mar. Avicenus llega a atribuir un libro, especie de memorial del viaje, a Himilco, a quien colocó en las islas Ocstrymidas, ricas en estaño y plomo, que no pueden ser otras sino las Silly ya citadas, que los romanos llamaron Silliae y los franceses de hoy Sorlingues.

De tales exploraciones no quedan rastros. Desapareció, si la hubo, toda la literatura fenicia y púnica. Pero es que, además, tanto los fenicios como los cartagineses, no daban aire a sus descubrimientos, a fin de evitar competidores de su mercantilismo. En cuanto a los egipcios, que por su situación pudieron ser descubridores, es preciso no olvidar que nunca descollaron en la colonización, ni propiamente en la marina. Eran conquistadores, pero no tenían el espíritu emprendedor que los otros pueblos nombrados, y en cuanto a su marina, era estrictamente de cabotaje y con prácticos fenicios a bordo, en la mayoría de los casos.

Correspondía a los griegos la misión trascendental y honorable de alumbrar a Europa. Su primera operación, al bajar hacia las costas mediterráneas, fué la de barrer de ellas a los asiáticos, devolviéndolos a sus puntos de partida. Hacia el siglo XIII (a. J. C.) ya los aqueos se habían instalado en la parte septentrional

de Chipre, dejando a los fenicios acorralados en la meridional, y hacia el x, éstos apenas poseían ya más que Rodas y Thasos. Las costas del mediterráneo oriental son enteramente griegas, entre ellas, las del Asia Menor. A partir del siglo VIII, la colonización griega surge de su propio ámbito continental, es decir, comienza Europa a ser descubierta por los mismos europeos. El mundo griego se extiende sobre las dos orillas del Mar Egeo, Pasa de Europa a Asia sin solución de continuidad, gracias a las cadenas de islas del mediterráneo oriental. Ocupa el Asia Menor, de cuyo litoral tiende su civilización a filtrarse tierra adentro. Por Europa se ensancha hasta convertirse en continental. Y a pesar de ese foco de helenismo que podría suponerse homogéneo en el vértice mediterráneo, el Egeo divide decididamente en dos partes distintas a ese sector. La asiática, más débil por sufrir la presión de los pueblos orientales, llega a ceder después de las guerras médicas, y acaba por producirse la escisión política. El sentimiento helénico es entonces la primera forma de sentimiento europeo, y Europa toma carácter y potencialidad continental, abiertamente opuesto al mundo asiático.

Por extensión del sentido y del carácter, se llega también a la extensión del nombre: Europa es ya todo el continente. ¿Desde cuándo? La tradición atribuye a Hippias de Elis la gloria de haber sido el primero en señalar con los nombres de Europa y Asia a las dos partes del mundo. Los nombres puede encontrarlos en la Teogonía de Hesíodo. Hippias era hombre que había frecuentado el mundo ateniense, recibido misiones en nombre de la república, conocido a Sócrates y escrito numerosas obras, hoy tristemente desaparecidas; po-

seña una memoria prodigiosa y se le considera como inventor de la mnemotecnia. La atribución de la nomenclatura a Hippias se sostiene en la afirmación de un escritor bizantino del siglo XII, Eustato, que profesó la enseñanza en la Universidad de Constantinopla, y más tarde, en 1175, fué nombrado arzobispo de Salónica. En su época pasó por Bizancio como un soplo fecundante de retorno hacia el helenismo clásico, y Eustato fué uno de sus más entusiastas seguidores, comentando a Homero, a Píndaro y a Dionisio el Periegeta, autor este último de un Periplo en versos griegos, datado del primer siglo de nuestra era. En este comentario asegura Eustato que Hippias designó a ambos continentes con los nombres de las oceánidas Europa y Asia. No se conoce ningún documento ni criterio capaz de desvirtuar esta afirmación, y es forzoso, por tanto, conceder a Hippias el honor del bautizo. Se sabe tan sólo que los tres nombres, Europa Asia y Libia, se usaban en tiempo de Heraclio de Mileto, no sólo para nombrar los tres litorales mediterráneos, sino también las tierras que se encontraban a continuación de cada uno de ellos. Heraclio fué, sin duda, el padre de la geografía griega. Nacido hacia el año 540 antes de Jesucristo, se asegura de él que es el autor de una "Descripción de la tierra", de la que, desgraciadamente, sólo se han conservado fragmentos escasos. Parece que estaba dividida en dos libros, de los que el primero se consagraba a Europa y el segundo a Asia y Libia. La fama de Herodoto debe mucho sin duda a esta desaparición de la geografía heracliana, y acaso allí también hubiésemos encontrado alguna corrección al criterio de que Hippias fuese el primer designador. En tal escasez

de datos, confirmémosle en su lugar y declaremos para él la preza de que le invistió Eustato.

La primera civilización, el primer y único nombre, le vinieron a Europa de los griegos. Pero también la primera forma fué la forma griega. La primera Europa, propiamente dicha, la constituyen el mundo griego y su progresiva extensión al nordeste y al oeste mediterráneos. Puede decirse, por tanto, que los helenos han inventado y descubierto a Europa. Ellos solos podían hacerlo. En el primer cuarto del siglo XIX, un geógrafo eminente, Brun, establece un curioso y justo paralelismo entre Europa y Grecia. En una introducción a la *Geografía Universal*, de Mentelle y Malte-Brun, dice este último lo que sigue: "Se ha dicho con frecuencia que Europa era con respecto de la Tierra lo que Grecia fué en otro tiempo respecto de Europa. Grecia tiene el suelo medianamente fértil, una superficie varia y cortada, límites naturales, puesto que está rodeada de mares y bañada de golfos profundos; y, por último, mantenía un justo medio entre el invierno de la Escitia y los ardores de Egipto. Además de todo ello, dominaba entonces los mares más conocidos. Pero este paralelo entre Europa y Grecia, debe ser extendido a relaciones más nobles que las de la naturaleza corporal. El juego mutuo de los diversos caracteres nacionales diferentes, y hasta opuestos, el espíritu de libertad tanto civil como política: he aquí los dos grandes puntos de semejanza." El estilo y el ideario son propios de la época en que se escribió esta advertencia. Las dos grandes ventajas que en el antiguo mundo mediterráneo poseía Grecia eran evidentemente un clima templado y un territorio constantemente acompañado y rodeado por el mar. Estos son, en realidad, los dos

caracteres de Europa en general. El mundo griego, como Europa, era un mundo marítimo, y como ella y antes que ella, era un mundo humano. La antigua Grecia es, por tanto, la Protoeuropa.

Del núcleo griego, de donde se emprenden las diversas direcciones que van a moldear Europa con sus descubrimientos, sabemos lo que Homero describe en la *Ilíada* y en la *Odisea*, sobre todo en esta última, adoptando forma poética y legendaria, pero cierta, en que nos descubre el mundo conocido por los antiguos, y también el entrevisto y adivinado. Estrabón, que es el más encendido panegirista de Homero, atribuye a éste incluso el conocimiento de la redondez de la tierra, basándose en el sentido del verso de la *Odisea* que dice: "Una vez elevado por la inmensa ola, puede Ulises dirigir muy lejos su vista penetrante". Aunque nos parezca osada la conclusión de Estrabón, lo que no podemos dejar de admitir es que Homero significa, como ya lo significó para los antiguos, la fuente de la ciencia y de la filosofía, a la vez que el fundador de la geografía. Ahora bien; Homero veía la tierra como un inmenso disco abrazado por el Océano. El disco era, según el Canto XVIII de la *Ilíada*, el redondo escudo de Aquiles que Efaistos (Vulcano), con el fuego de sus fuelles, había hecho "grande y fuerte, ornándolo por todos lados". En él estaban representadas la tierra, el mar y el cielo, y Efaistos colocó "la gran fuerza del Océano en el mismo borde extremo del bien fabricado escudo". El Océano que rodeaba la tierra era un río misterioso y terrible, rodando incesantemente bajo las brumas, y marcando el límite entre las "tierras nutricias" y los infiernos estériles, entre la vida y la muerte. Más allá del río Océano, Homero, y con él los antiguos,

colocaba a los pueblos cimérios, al norte del Bósforo y de la Propóntida, en una región brumosa que sería hoy, poco más o menos, Rumanía. Homero se vengaba tal vez de las incursiones de los rumanos, como jónico que era, situándolos en el umbral de los infiernos.

En el centro del escudo redondo estaba, para Homero, el mundo civilizado, el griego: primero, el mar Egeo, con sus islas; después, la Hélade, propiamente dicha; por fin, al este, las costas del Asia Menor, el reino de Fríamo, la Jonia. Alrededor de este cosmos conocido, se extienden hacia los cuatro horizontes comarcas tanto más inciertas cuanto más se alejan del centro. Por el Oriente señala como límite las costas del Asia Menor, desde Libia a la Capadocia. La descripción homérica enmudece respecto de los asirios y de los medas. Relata las riquezas de Fenicia, pinta a Tebas "la de las cien puertas", pero ignora la suntuosidad de Babilonia, de Nínive o de Ecbatana. Una nota de Vivien de Saint-Martin, escrita a propósito de la geografía homérica, nos dice que hacia el siglo IX (a. J. C.) los cuatro centros activos del mundo occidental, Egipto, Asiria, Fenicia y Grecia, se ignoraban casi entre sí, y no tenían apenas relaciones de sus respectivas esferas geográfico-políticas.

Por el norte, el mundo homérico es incierto, como ya se ha deducido por su opinión sobre los pueblos cimérios. Para Homero, el "Hellesponto inmenso" no es sino un golfo del Océano. Los pueblos con quienes los troyanos cerraron alianza se sitúan en ese sector, y son los Tracios, los Pelagos, los Cicones, los "magníficos Hipelmoges", cuyo solo alimento es la leche, y los Abres, "los más justos de los hombres", que es su primera visión de los escitas. Hacia el sur posee conoci-

mientos más seguros. La isla de Creta, que pertenece al mundo griego y cuyos hombres, a las órdenes de Idomeneo, refuerzan los ejércitos aqueos; la isla de Chipre, que Menelao menciona en la *Odisea*, Fenicia, Arabia, Egipto, Etiopía, Libia. Cada uno de estos países está subrayado por un sabroso comentario que nos da luz sobre su vigencia de entonces, o, por lo menos, sobre el concepto en que el mundo griego lo tenía.

Acaso lo más maravilloso de Homero es su relato del oeste, es decir, el Mediterráneo occidental. Es el teatro de la *Odisea*. Víctor Bérard, el inteligentísimo helenista, ha encontrado en el gran libro, lo que él llama un "poema de las puertas", amparándose en que Ulises, hacia el canto XII, verso 259, confiesa que la búsqueda de los pasos es el origen de todas sus aventuras. Bérard lo ve andar de estrecho en estrecho. Citérea, Itaca, Corfú, Djerbah, Mesina, Lípari, las Sirenas, los del golfo de Nápoles, el de Cerdeña, y hasta el de Gibraltar. Bérard los identifica todos en la narración de Ulises. Opinión que no ha dejado de tener impugnadores.

Si las apasionadas interpretaciones de Estrabón y de Víctor Bérard son o no acertadas, no es hora aquí de discernirlo. Por lo pronto, proyectan claridad sobre los conocimientos del mundo antiguo. Homero ignoraba todavía la división en tres continentes, y se refiere a Libia, como una simple región costera. Parece, sin embargo, que ya tenía de Europa una idea más importante, cuando en el canto XIV de la *Ilíada* dice de Hypnos y de la diosa Heré: "Ambos marcharon sobre el continente, y lo alto de los bosques se agitaba bajo sus pies."

Hesiodo, un siglo más tarde, perfecciona en sus poemas la homérica geografía. Ya se advierten en el gran épico dos nombres nuevos e importantes al norte:

el de los escitas y el del Ister, denominación antigua del Danubio, y al oeste, cita el mar Tirreno con sus islas sagradas, en las que reinan los hijos que Ulises hubo de Circe. Por otra parte, los griegos comenzaron la labor definitiva de descubrimiento. En dirección nordeste, y partiendo de la Caria, región situada al sudoeste del Asia Menor, entre el mar Egeo y el Mediterráneo, ascendieron por los Estrechos, atravesaron la Propóntida, hoy conocida con el nombre de Mar de Mármara, y llegaron hasta Ponto Euxino, denominación que se atribuía entonces al Mar Negro. En la antigua creencia de que la Tierra estaba rodeada enteramente por el Océano, se pensaba que el Mar Negro enlazaba con él por el norte. Fueron los griegos quienes avanzando por ambos lados del Bósforo adquirieron la certidumbre de que era un mar cerrado. Sus exploradores establecieron colonias inmediatamente en las márgenes del Ponto Euxino y siguieron las correrías de los carios, reanudadas más tarde por los militenses. Reconocieron el Ister, que, como hemos dicho, era el Danubio actual, llegaron al mar de Azof y supieron de Dnieper y el Don, que recibieron los nombres de Boristeno y Tanais. Es en Herodoto donde se encuentra la enumeración de estas exploraciones, como las costumbres y aspectos de los escitas, el pueblo bárbaro que habitaba ese vasto país, donde se verificaban inauditas revelaciones de mundos desconocidos. Entre las tribus diversas citadas por Herodoto resalta la de los fineses, establecidos en las regiones fronterizas del Ural, con los que para entenderse necesitan los escitas de siete intérpretes diferentes: tal es la abundancia de sus dialectos. Las incursiones llegan hasta el Báltico y hasta el Caspio, del que se llega a saber, según Herodoto,

que es un mar aislado, refutando así la creencia anterior, que más tarde volverá a mantenerse, de que el Caspio era sólo un golfo del presumido Océano exterior envolvente de la Tierra.

Por el oeste se dirigieron a las costas de Sicilia y a las de la baja Italia. Allí instalaron las más famosas colonias griegas. Los nombres llenos de prestigio ancestral de Siracusa, Agrigento, Nápoles, Messina, Tarento y la Síbaris muelle y refinada, forman lo que se llamó Magna Grecia. Penetraron en el misterioso Adriático, hasta entonces reiteradamente cluido por los marinos, temerosos de ser arrastrados hasta el terrible Océano, que creían acechante en todas las esquinas del mundo. Cada una de las fundaciones iba precedida de una consulta solemne al oráculo de Delfos, que había de indicar el camino a seguir. Una vez adquirida la certeza deseada, se llevaba el fuego sagrado desde la metrópoli, y a la llegada al lugar de la función, se erigía un altar, eran ofrecidos los consiguientes sacrificios que proporcionaran la tierra a los númenes, y desarrollaban sus antiguos cultos, asociados, cuando así convenía, a los del país en donde se verificaba la instalación.

Desde estas costas de la Italia meridional, las fundaciones se prosiguieron al sur francés. Massalia, la Marsella de hoy, era principal colonia de los foccos en el Mediterráneo occidental. Comenzó siendo un simple lugar de desembarco para los traficantes que vinieron a negociar con los indígenas liguro-celtas. Pero las condiciones naturales del emplazamiento, determinaron la inmediata instalación de una factoría que, enseguida, se convirtió en ciudad. Estrabón la describe en su libro cuarto, provista de una constitución aristocrática,

que el autor diputa por modelo de gobiernos. Habla del magnífico templo de Diana allí erigido, así como de su arsenal y sus calas para navíos. Por el Ródano fué posible remontarse hacia el interior de las Galias, adquirir preciosas informaciones sobre las islas atlánticas que los fenicios ya habían conocido, guardando en secreto su existencia. Los griegos supieron su riqueza en estaño y organizaron una expedición confiada a Pyteas, que fué reproducción de la dirigida por Himilco, que ya hemos reseñado.

Las expediciones de Pyteas, no repetidas hásta cuatro siglos más tarde, resultan interesantísimas. En las Casitéridas, que fueron su primer objetivo, encontró el estaño, pero buscando el ámbar, que era uno de sus propósitos de viaje, recorrió la costa angloscocesa hasta su punto más septentrional. Se ha llegado a pensar si llegó a Islandia, lo que no es nada verosímil. Lo que resulta cierto, en cambio, es que, buscando el ámbar, atravesó los estrechos que separan Escandinavia del Continente, y se introdujo en el Báltico, llegando hasta el país de los Gutones, pueblo germánico que ocupaba entonces la región actual de Pomerania y Dantzig, es decir, el país del ámbar. Pyteas continuó hasta Estonia y visitó la isla de Bornholm, rica en electro. Las dos relaciones de viajes que escribió se han perdido. Posteriormente se ha dudado de la veracidad de sus relatos, y la fama de Pyteas ha sufrido análogas embestidas a las que Herodoto y Marco Polo han padecido a su vez. Sólo que de éstos se ha conservado la obra, y de Pyteas, no. La geografía moderna ha rendido a Pyteas la justicia que durante algún tiempo le fué negada, devolviéndole el título de explorador que

más amplios horizontes consiguiera para el conocimiento geográfico de su tiempo.

Las exploraciones griegas prosiguieron a través de Africa. No es de nuestro momento seguir a los curiosos viajeros que penetraron por Egipto, corriéndose hacia los ámbitos ignotos de ese tercer continente. Tampoco podemos referirnos a las aisladas conjeturas que parecen plantearse en determinados textos griegos sobre la posible existencia de tierras más allá del Océano. El mito de la Atlántida, el continente absorbido por el mar en una noche y un día hacia el año nueve mil, según Platón, es una obsesión de los helenos y de los helenistas. Pero nos importa más regresar a nuestro cuidado europeo. La idea que los griegos tenían del Continente era, naturalmente, defectuosa. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que Grecia había sentado los jalones más importantes para que el futuro conocimiento fuese perfeccionándose con ritmo seguro y acelerado. Se engañaban los griegos al creer que los tres continentes por ellos conocidos se juntaban y estaban circundados por el Océano. Se equivocaban también sobre la forma de algunas penínsulas e islas. Creían erróneamente que Europa era el mayor de los tres continentes. Pero, en cambio, se conocía con exactitud todo el litoral desde el mar de Azof hasta las columnas de Hércules; se había osado salir al Atlántico; no se ignoraban las islas británicas, y se adquirió la seguridad de que aún quedaban parajes habitados más allá de estos países explorados; pero se pensaba que eran inhospitalarios a causa del frío excesivo en los del norte, y del calor exagerado en los del sur. Tampoco era conocido el centro europeo. Los griegos

eran sustantivamente marinos, y fué por las vías del mar por donde consiguieron su sabiduría del mundo.

En cuanto a la Península Ibérica, recibí de los griegos la influencia culta, que se desparrama desde la colonia de Massalia, invadiendo suavemente el litoral levantino hasta las costas de Valencia, y clavando más tarde, entre dos instalaciones fenicio-cartaginesas, la cuña de la región malagueña. España no está nunca ausente de las civilizaciones europeas. Y en ésta, que significa el prolegómeno de la esencia netamente europea, requiere ya su indispensabilidad. Las fundaciones fenicias y cartaginesas trajeron el comercio y la visión oriental, pero la presencia helénica que comunica los prístinos influjos de un señalamiento europeo, es predominante, trayendo consigo la voz de Europa, el espíritu de Europa, el destino de Europa. España reclama su participación en el organismo que nos llegó a lomos de Júpiter omnipotente, transformado en el lustroso toro de los tiernos mugidos.

II

EL SENTIDO IMPERIAL DE ROMA.

Cuando los griegos han ultimado esa delineación geográfica de Europa que acabamos de esbozar, entran en el período de decadencia que ha de hundirles en las zonas borrosas de la historia indiferente. Sucede así con algunos pueblos, después de haber cumplido la trascendentalidad que les ha incumbido. Otros, cuya savia no desaparece, sino que se oculta periódicamente, reviven y vuelven a hacer valer su vigencia tras las

épocas de agotamiento. La vieja Grecia, enmollecida tal vez por un excesivo sentido voluptuoso y refinado de la vida, se desplomó después de haber fijado sus características imperecederas; pero su misión europea estaba cumplida ampliamente. Su destino universal, para el que sobrevive en su arte y en su filosofía, estaba igualmente concluido.

Europa tiene entonces una nueva exigencia: la de ser vivificada en su personalidad jurídica por otro pueblo lleno de contrastes con la blandura griega. Cuanto de suavidad y regalo hubo en la vida griega, ya se veía dónde era capaz de conducir, y conducía de hecho: a la decrepitud. Era la hora de la rudeza, y los rudos fueron quienes se apoderaron del timón de Europa. Los rudos en esta ocasión fueron los *patres* o patricios, pertenecientes a la clase egoísta, aristocrática, indiferente a la cultura especulativa, que fundó el Imperio romano. Hombres de espíritu positivo, duro, estrecho, sin grandes escrúpulos morales, para quienes no contaba mucho la vida de los hombres ni de los pueblos, y que estimaban la filosofía griega como un fermento de corrupciones.

Probablemente el mundo necesita para alcanzar nuevos planos de equilibrio esta sucesión de corrientes contrastadas, esta pugna de elementos equivalentes, pero alejados. El mundo, como el Arte, se ve sucesivamente fecundado por tendencias diversas, de las que, generalmente, la recién llegada es contradicción enérgica de la precedente, aunque casi siempre le deba las mejores esencias y esté unida a ella por un cordón umbilical aparentemente nulo, pero siempre latente y fácil a la investigación. Las escuelas de Arte podrían informarnos ampliamente sobre esta negación vigorosa

que las filiales más ciertas se obstinaron o se obstinan aún en oponer a una paternidad que, vista desde fuera, no ofrece la menor duda. En todo caso, el enfrentamiento de los ciclos griego y romano nos aparece hoy tan relativo, pese a su innegable divergencia, que ya hemos generalizado el término "greco-romano" para señalar la cultura resultante de ambos períodos. Lo cual significa que la aportación romana no hizo sino robustecer aquello que ya se enervaba, infundiéndole una virilidad que se le estaba escapando, pero sin dejar de aprovechar los basamentos incommovibles que el pensamiento griego había fijado con caracteres de eternidad.

Geográficamente, al mundo romano correspondió la tarea de ir rellenando el contorno de Europa que los griegos habían dibujado. Lo que en los griegos fué colonización derivada de su cualidad naval, en los romanos ha de ser conquista de tierra adentro, consecuencia de su potencia guerrera y capacidad asimiladora. Los griegos establecieron líneas de navegación; los romanos idearán un sistema de calzadas. Sus incursiones litorales apenas sobrepasarán los descubrimientos griegos, sobre todo si se tienen en cuenta los periplos de Pyteas. La misión romana en ese aspecto fué la de redibujar esas líneas del contorno, afianzarlas bien mediante repetidas expediciones confirmativas. Pero, en cambio, necesita Europa ser descubierta e incorporada a su integridad en los extensos territorios de las Galias, de Germania, e incluso en el ignoto interior de la Península Ibérica, que los griegos sólo hollaron en la periferia.

Los dos progresos que deben ser apuntados en el haber de Roma, respecto del conocimiento europeo,

son, pues, el de la exploración interior y ulterior incorporación al Imperio —salvo la de los pueblos germánicos, imposibilitada por la derrota de Varus—, y la de aseguración de la costa atlántica, ya conocida por los griegos, según hemos probado; pero no todavía en situación de ser la faz europea en lo que de importante tendrá en lo futuro. El señalamiento de tarea que se asigna a los romanos es el de llevar al Continente la civilización hasta entonces puramente mediterránea. Roma es, en lo sucesivo, el foco que irradiará la cultura. Por de pronto, ha sido alejado este foco de la influencia asiática, que infiltró la indolencia y la deleitosa benignidad de la Grecia antigua. La nueva cultura se aísla en su primer período, temiendo los contagios funestos. Hasta que llegue la implacable fatalidad de su decadencia, originada por causas distintas a las griegas, el mundo romano da forma a un espíritu europeo, surgido de sus virtudes primigenias, montadas sobre una rudeza vigorosa, y no la de la brillantez corrompida, que fué su reflejo de los últimos tiempos.

Impuesto o no por las guerras púnicas, el destino romano de conquista se cumple paulatinamente, y Roma se ve abocada a sentar las bases de un sistema administrativo que se iba instalando en tanto se creaba, dictado por las necesidades surgidas al calor de las conquistas. Los métodos con que los latinos contribuyen a la edificación europea están lejos de la especulación filosófica de la curiosidad científica de los griegos. Sus medios y sistemas vienen sugeridos por un sentido práctico inmediato, directo, activo, que obliga a transportar, con las legiones militares, toda una estructura administrativa adaptada a los territorios conquistados. Apenas conseguida una nueva anexión,

el aparato burocrático comienza su función inaplazable.

Por de pronto, un estudio vigoroso de previos informes precedía a la llegada de los ejércitos romanos. Antes se conocía, en cuanto era posible, la configuración del territorio que se trataba de conquistar, sus recursos naturales, su extensión, la densidad de sus habitantes, y todos los datos que pudieran contribuir al conocimiento de la presa próxima. Recogidas tales informaciones con todo cuidado, se archivaban escrupulosamente en Roma, donde eran consultadas y estudiadas por aquellos en quienes debían recaer después las funciones inherentes a la conquista. Se sabe que Polibio y Tito Livio tuvieron acceso a esos admirables archivos, y tan pronto como el territorio había sido ocupado, funcionaba un nuevo servicio que procuraba informaciones sobre los vecinos y fronterizos susceptibles de ser más tarde invadidos.

La idea imperial es bien patente en estos detalles. Se completa consignando que los ejércitos llevaban entre sus huestes técnicos especializados en la agrimensura, a quienes competía, apenas verificada la conquista, poner mano en un vasto sistema de obras públicas, de las que la calzada era necesidad y realización primerísima. Insensiblemente se ve enlazar y confundir la idea del Imperio romano con la del mundo entero. Sistema centralizador, de unificación, en el que Roma realizó sorprendentes adivinaciones. Pórtico de las mejores doctrinas de unidad fué este *fiat urbi orbis* romano, que ordena el alzamiento topográfico y mensuración general del Imperio, como consciencia de su poder y precisión de un conocimiento exacto de sus posibilidades. La gigantesca operación fué mandada por Julio

César el año 44 a. J. C., o sea, el mismo de su muerte, y finalizada en el 19 de nuestra era por Marco Vipsanio Agrippa, primer ministro y yerno de Augusto.

Pero todo este alto empeño de expansión imperial no tendría sentido medular si no se acompañase de una esencia política capaz de darle consistencia. Si la rudeza romana, su ausencia de escrúpulo en la elección de medios con que llevar a efecto toda determinación conquistadora no era susceptible de paliativo, también es verdad que la política expansiva de la nobleza romana no fué, ni mucho menos, el pillaje cruel y sistemático que algunos superficiales o interesados historiadores han hecho ver. La política imperial se estableció a expensas de una multitud de pequeños Estados, repúblicas oligárquicas, monarquías absolutas y teocracias que mantenían una infinidad de parásitos, y cuya administración era infinitamente más costosa, tiránica y vejatoria que la de los procónsules. Roma acabó con muchas de esas superestructuras sociales, acaso brillantes, pero siempre ruinosas, que civilizaciones caducas habían alzado, a pretexto de dirigirlas, por encima de las sociedades naturales elementales de familia, tribu y ciudad. En aquellos lugares por los que había pululado y regido todo un enjambre de reyezuelos, principillos, funcionarios sobornables y cortesanos ociosos, Roma colocaba un procónsul, auxiliado por cierto número de personas que desempeñaban la función subalterna, y que gobernaba con muchísima mayor baratura regiones inmensas en las que la autoridad directa estaba conferida a los poderes locales. Rendimiento provechoso que alcanzó su magnitud bajo la égida inolvidable de Augusto. Si algo hay de más duradero y permanente en la civilización romana, es —¿habrá que decirlo?—

su ideario político-jurídico, sus instituciones político-sociales, su Derecho, en una palabra.

Europa, que recibirá ese influjo como uno de los más preciados elementos de su espíritu, no podrá olvidar jamás que a Roma debe la noción de un Estado indivisible. Hasta entonces, y según el concepto asiático, el Estado no era sino una propiedad de la dinastía. Los reyes podían agrandarlo, dividirlo entre sus sucesores, compartirlo, enajenarlo. Pero para Roma ya no cuenta ese criterio. El Estado pasa a ser la propiedad de todos, la "res pública". Pertenece al conjunto de los ciudadanos, es decir, a nadie. Los magistrados que lo dirigen y gobiernan no son sino representantes del legítimo dueño anónimo que se presumió inmortal, el pueblo romano, cuyos derechos son absolutamente imprescriptibles.

El concepto de la indivisibilidad del Estado parece periclitarse después de Roma. Ha habido crítico histórico que lo ha creído agotado, para reconocer su presencia después, cuando el Renacimiento se ha complacido en afanes de retorno hacia el mundo antiguo. Pero no es así. Durante las confusiones y complejidades del mundo feudal, la idea latina de la indivisibilidad del Estado ha sido acariciada por cuantos soberanos feudales ambicionaron la transformación de su patrimonio en un Estado soberano. Si las circunstancias impidieron esa elevación, no fué por falta de anhelo en quienes podían aspirar a ella, sino porque la trama señorial del feudalismo se enzarzaba y oponía resistencias invencibles a lo que hubiera significado su desaparición. Pero esa codicia, no siempre oculta, se trasluce leyendo cualesquiera páginas de la historia de los emperadores germánicos, cuya ansia se cifraba en creerse herederos

directos de los Césares, o en las más conocidas de los reyes capetos, que no fueron en su origen sino terratenientes ansiosos de agrandar sus dominios. La vicisitud de la idea de la indivisibilidad del Poder es bastante conocida, si la ligamos a la lucha secular del feudalismo y el poder central, hasta llegar a la época moderna, en que se constituye uno de los fundamentos de la Europa moderna, y, a su vez, base de una idea centralizadora y de unificación, que también se enraíza con la del Imperio romano.

Pero volvamos a éste para concretar las características que ofreció al mundo de Europa antes de troncharse bajo el empuje bárbaro. Está llegando el momento en que la cultura greco-latina va a ceder el paso a otras fuerzas. Para conservarse y revivir algún día se refugiará en los claustros. Los clérigos de la Iglesia de occidente la transmitirán por generaciones, y no será siempre fácil encontrar la huella greco-latina en las estructuras confusas de las sociedades medievales. Pero tal como esos monjes la preserven y leguen la veremos ya más latinizada que helénica. Parece que se haya querido desasir cualquier lazo que la uniese a Asia. Los galos, los germanos latinizados que fundaron la Iglesia de occidente, conservadora de cuanto la Edad Media conservó de intelectual, desconocían el griego. Bizancio les suena a lejanía, y los monumentos que Grecia y Roma dejasen en tierras de Asia apenas revelan otra cosa que la indiferencia de sus nuevos dominadores, árabes y turcos. La labor de los renacentistas, empeñados en buscar las fuentes griegas de toda aquella civilización, será más ardua. Y el tiempo habrá evaporado lo que pudiera ser tóxica influencia asiática en la helénica cultura.

Roma decaerá también. Los bárbaros la sojuzgarán y su corrupción abrirá el camino a los que la dominan. Pero antes de fenecer habrá señalado los trazos de un espíritu europeo, que no se borrarán fácilmente. En lo religioso, se habrá instalado un nuevo concepto moral y social. Las religiones asiáticas son, generalmente, filosofías místicas y metafísicas que conducen a la teocracia o se acomodan al gobierno de la fuerza brutal. En cambio, las religiones occidentales sirven de base al Derecho público y a la moral social. La teogonía europea fué siempre remuneradora y exigente, participando de una doble cualidad de naturaleza e instrumento de justicia, por lo que tiene atribuciones normativas y ordenadoras. Sobrepasa a la justicia, porque es la justicia divina, y como tal le son inherentes la caridad y el perdón.

En lo político, la idea del Estado indivisible y eterno, según ya hemos visto, se perfecciona con la noción de la propiedad, armazón de la familia, base de una civilización en la que el individuo no es un ente aislado, sino que integra una célula social natural, susceptible de perpetuarse en el curso de los tiempos. El espíritu europeo se completa, según Roma nos lo legó, con un concepto de la jerarquía de la sangre, de la cortesía entre iguales, y con un código del honor, cuya procedencia quizás haya que agradecer a los germanos. Pero es que antes de fenecer, el Imperio romano aún había de recibir influencias de fuera. La más importante, la que había de suavizar y humanizar la idea jurídica romana, era la del Cristianismo. De ella vamos a ocuparnos seguidamente.

III

LA EUROPA CRISTIANA.

El nacimiento, predicación y martirio de Nuestro Señor Jesucristo, ocurridos en las áridas tierras de Palestina, se produjo cuando era más floreciente la prosperidad del Imperio romano, que alcanzaba en los tiempos de Jesús de Galilea su máximo resplandor, bajo el brillante reinado del emperador Augusto. Aun cuando los judíos aclamasen en ocasiones a Jesús diputándolo por su Mesías, el mísero hormigueo del pueblo de Israel no podía significar nunca una preocupación para el poderoso César ni para su Imperio dilatado. Las doctrinas humildes y caritativas del Dulce Maestro, una vez muerto éste en la Cruz entre el furor de las pasiones populares, semejaban destinadas a perpetuarse entre un núcleo reducido de humanidad: el formado por los judíos entre quienes la predicación parecía que iba a crear un espíritu de secta, tras del que un vacío absoluto aislase al Verbo y a sus seguidores. Pero no había bajado a la tierra el Redentor de los hombres con una misión angosta, sino con resonancia de universalidad, y la que algunos creyeron religión inscrita al principio a un grupo de raza y lugar, adquirió su derecho a la expansión incontenible, impulsada por su propio germen divino y por obra apasionada de un hombre en quien el ardimiento, la elocuencia, la fe, comunicada con persuasión y arrebató, le confirieron bien pronto el título de apóstol, que no pudo ostentar antes porque no se cruzó jamás con el Salvador en los caminos del mundo. Ese hombre de generoso aliento,

con elocuencia surgida de la convicción más vehemente, fué San Pablo, primero que descubrió cuanto de universal existía en la doctrina de amor y concordia predicada por Cristo en las tierras de Galilea.

San Pablo llevaba en sí el impulso dinámico de la propagación y recorrió el mundo entonces conocido y civilizado llevando a todos la nueva asombrosa y benigna de la religión triunfante. Su encendida palabra era capaz de hacer vibrar los más ocultos ecos en el corazón de los hombres. La de Jesús, que él transmitía con los demás apóstoles a las muchedumbres, encontraba en las almas que la escuchaban un hálito de esperanza impaciente. Lo que les llegaba con aquellas frases y parábolas era la respuesta a cuanto de mejor había en la humana naturaleza. Lo que todos hubieran querido ser, lo que nadie se atreviera a decir y aun pensar, en medio de las concupiscencias ambientales, lo desvelaba ahora un Hombre humildísimo, y lo repetían sus discípulos, pobres como él y andadores de la tierra, por la que les urgía sembrar la semilla de la Verdad.

Corrió la buena nueva con una celeridad vertiginosa. Llegó a los pueblos de habla griega, y se designó a Jesús con el epíteto de Cristo, que significaba "el Ungido". Cristianos se llamó a sus seguidores, y éstos aceptaron la calificación; adoptándola amorosamente. Siguió la doctrina y la predicación empapando nuevos lugares de la geografía romana, y llegó hasta la metrópoli. Esta no se había molestado en atajar su creciente marca; persuadida de que no significaría nunca un peligro para el Imperio. Augusto, Tiberio, Calígula y Claudio permitieron tranquilamente las prácticas austeras de la nueva religión, que desdeñaba las pom-

pas y banquetes, para correr a reunirse con los correigionaios celebrando sencillamente los actos de su culto. El extraño proceder de estos primeros cristianos de Roma les atrajo la curiosa hostilidad de los paganos. Nerón, a pretexto del oscuro origen del incendio de la ciudad, desarrolló contra aquéllos la primera de las persecuciones de que fueron objeto. Pero la sangre de los martirizados en el circo o sirviendo de antorchas humanas en los jardines del César, sólo servía para aumentar el número de los que abrazaban la doctrina, dispuestos resueltamente a dejarse inmolar por su Dios si las circunstancias lo exigían.

A la persecución de Nerón, entablada fútilmente, siguieron la de Trajano y los Antoninos que, políticamente, revestían mayor gravedad, pues intentaron basarlas en el carácter secreto, y por ende peligroso, de las reuniones cristianas, que, a su vez, suponían una desobediencia al culto pagano oficial del Estado. Si la religión nueva hubiera mostrado menor fuerza atractiva, Roma hubiese continuado practicando su actitud de tolerante indiferencia. Pero el divino hálito de la doctrina cristiana se iba extendiendo irresistiblemente por todos los hogares, los humildes como los suntuosos, y había hecho ya acto de presencia en los más altos palacios. Era una amenaza al paganismo, y acaso al Imperio. Las persecuciones se prosiguieron cada vez más enconadas y crueles. La de Diocleciano fué indudablemente la que mayor número de mártires produjo. Pero no importaba la sangre vertida, y si importaba, era en favor de los cristianos.

A las épocas de manifiesta oposición frente al Cristianismo siguen otras en que los más altos magistrados del Imperio, sin hacer todavía acto de sometimien-

to, otorgan licitud al culto religioso. Galerio es quien decreta ese reconocimiento de la Iglesia, y poco más tarde, otro emperador, Constantino, se convierte a la doctrina de Cristo y completa con el Edicto de Milán y otras disposiciones posteriores la legislación protectora de la Iglesia, de sus adheridos y de sus bienes. Pero el Imperio, que había conseguido unificar bajo una misma ley y mediante un solo lenguaje todas las naciones del mundo antiguo, estaba a punto de fenecer, víctima de su corrupción y de su estragamiento. Las hordas llegadas del norte, bien ignorantes del caudal civilizado que evidentemente poseían los romanos, se adornaban, en cambio, con una sencilla y casta virtud, que comunicaba enérgica y decisiva a su empuje de pueblo llamado a una misión todavía no desempeñada.

Bajo los ataques de los bárbaros se desmoronó el Imperio de Roma, ya minado por sus lacras y licencias. Todo el armazón de la cultura greco-latina se vino abajo, incapaz de resistir el embate de los hombres incultos que tenían la piel blanca, el pelo rubio y los ojos azules. Sólo una fuerza era susceptible de oponerse a la destrucción que traían los bárbaros. Sólo un Imperio se mantendría enhiesto frente a la incursión, y acabaría por apropiarse el vigor y el arrebatado de aquellas avalanchas ciegas; solamente un dominio permanecería intacto a las embestidas y las atraería después a su seno: la Iglesia cristiana.

Cuando en las postrimerías del Imperio romano, allá por los siglos IV y V, se van enervando los resortes y las instituciones del que fué soberbio poder del Imperio de Roma, otro Imperio espiritual, el que apelaba a las almas y a la libre voluntad de los hombres, el que

había sabido y logrado crear lazos más fuertes e indestructibles que los de la ley y las legiones de los Césares, podía erigirse altivamente ante los obcecados invasores y detenerlos primero, para conquistarlos más tarde. El gesto del Patriarca de Roma saliendo al encuentro del temible Atila y consiguiendo de él lo que no hubiera obtenido un fuerte ejército, su retroceso, es símbolo de la incursión bárbara y de la digna actitud con que la Iglesia se dispuso a recibirla en todas partes.

La Iglesia, que comprende desde primera hora la perenne necesidad del Imperio, recaba para sí en ese momento de disgregaciones y fragmentarismos una misión funcional: la de un Imperio moral, cuya cabeza corresponde al *pontifex maximus*, al Papa, soberano cuyas armas de dominación son la Fe y el Amor, potenciadas por la misión que Dios le confía con su exaltación providencial a la más alta jerarquía de la Iglesia. Desaparecía el Imperio romano, pero en Roma misma tenía lugar la creación de otro Imperio, más fuerte y reparador, sin legiones armadas, pero de una tensión espiritual incalculable. Su organización, su sentido jerárquico, permanecerán en pie y hasta formarán ejemplo que habrán de seguir todos los poderes temporales del mundo.

Pero ello no significa que la Iglesia, en su faceta humana y externa, no sufriera el rudo quebranto que todas las instituciones del medievo hubieron de experimentar. El colapso político y social fué tremendo y prolongado; la Iglesia no podía dejar de resentirse en su parte más débil, la de los hombres a su servicio. Pero en lo más íntimo y acendrado de su seno se perpetuaba la cultura que en las demás zonas vitales saltó

a pedazos bajo las lanzas de los invasores bárbaros. En los claustros, en los monasterios, se conservaban las esencias de la virtud y de la sabiduría; las bibliotecas eran salvadas y las fuerzas civilizadoras defendidas. Junto a este magno depósito inviolado merced al celo cuidadoso de la Iglesia, ¿qué importa el que algunos clérigos endebles o monjes relajados supiesen leer difícilmente o se entregasen al vicio y al libertinaje? Los tiempos eran propicios para arrastrar a los que no tuviesen templado el ánimo y fortalecido el espíritu. Cuando Gregorio de Tours describe estos casos decadentes y se indigna contra su existencia, escribe un latín lamentable cuya defectuosidad reconoce, pero al mismo tiempo dispensa un indulgente juicio a dudosos casos de moralidad, de cuya evidente tara no es capaz de darse cuenta. "La Iglesia se barbariza", han llegado a afirmar algunos críticos de la Historia, atentos sólo a la superficialidad de las cosas. Pero todos se ven impelidos a asegurar a renglón seguido que la Iglesia constituye el único faro enhiesto en medio de aquel caos, y que, gracias a su denuedo, pudo salvaguardarse la verdad religiosa y la tradición romana por ella perpetuada. Abandonado a sus solas fuerzas, el poder laico hubiera sido incapaz de conservar la preciosa herencia. La buena voluntad de algunos reyes se estrellaba ante la torpe administración de que se veían rodeados. Solamente la Iglesia mantenía su jerarquía asentada en los lugares más diversos de la tierra, con una organización y trama en lo material, arrancadas del Imperio romano, pero permaneciendo inquebrantables cuando las civiles caían víctimas de su insuficiencia. Sedes metropolitanas se instauraban en las capitales de las provincias, sedes episcopales en

cada ciudad y su prestancia fué respetada por los conquistadores, aún no convertidos. Los mismos cuadros, los mismos príncipes, los mismos dignatarios de la Iglesia seguían desempeñando análoga función, que se desarrollaba en la misma lengua latina y se asentaba en el mismo derecho.

Tan pronto como los primeros momentos de anarquía se disipaban, apuntaron las instituciones que en principio habían suspendido su acción. En época durante la cual el Estado se servía de agentes perfectamente iletrados, la Iglesia seguía situando junto a cada catedral un centro de enseñanza donde se exigía, por lo menos, a los educandos la lectura y escritura latinas. El monopolio de la ciencia le estaba adjudicado, por consiguiente. Sus escuelas eran las únicas escuelas; sus libros los únicos libros. Ni el Estado siquiera podía menospreciarlos, puesto que sus servidores los necesitaban en su calidad de letrados. La Iglesia sobrevive a la ruina del mundo antiguo, en primer lugar, por cristiana, y después, en el orden humano, por romana. Por espiritualidad y por organización. Frente a los Estados que podrían turbar su natural desenvolvimiento, conservó siempre la independencia de su acción y de su carácter. Fuese cual fuese su decadencia momentánea, el estudio de la época nos confirma que estaba rebotante de fuerzas y de porvenir. La Iglesia no desperdiciaría ni las unas ni el otro, porque para eso se sentía llamada por designio divino, y en ese llamamiento se percibía claramente el acento ecuménico, que es una de las constantes en el pensamiento de la Iglesia.

El momento de restablecer el Imperio llegó cuando advino Carlomagno al trono de los reyes francos. Las

conquistas de Carlomagno habían puesto en su mano la casi totalidad de los principados católicos de Europa, fuera de los cuales apenas contaban algunos pueblos paganos, el Islam o Bizancio, también cristiano, aunque afecto a otra disciplina distinta de la católica. De hecho, la Iglesia es el Imperio con gracia de Dios, y la Iglesia lo comprende así, y tiende a restablecerlo en la esfera humana, colocando en el trono a quien deba su corona a la Iglesia y sea digno de actuar en nombre de Dios. Carlomagno es, por lo demás, hombre a propósito para la experiencia, no sólo por su poderío y formación moral, sino a causa de su celo cristiano, ardientemente manifestado en todo momento, y por la decidida protección que siempre prestó a los Papas.

Al final de la misa de la Navidad del año 800, en la Basílica de Letrán, el Papa León III se acerca a Carlomagno, entre las aclaraciones del pueblo, y le corona emperador. Si a Carlomagno pudo extrañarle el ceremonial, impulsándole a modificar más tarde su rito, no cambió en nada el espíritu del Imperio. En efecto, en el año 813 introduce ciertas modificaciones para la coronación de su hijo Luis, haciendo colocar la corona sobre el altar, de donde el propio Luis había de tomarla y ponerla sobre su cabeza, sin intervención directa del Papa. Pero, de todas maneras, el Imperio seguía siendo una creación de la Iglesia, superior al monarca y a la dinastía. Era de Dios, del Papa, de Roma, de quien procedía el poder imperial.

La influencia que la Iglesia ejerció sobre el Imperio europeo de Carlomagno es tan extensa como eficiente. Únicamente con un tacto como el del emperador podían cohesionarse los dos intereses, asociándose en la reciprocidad de una íntima y absoluta confianza.

Ninguna consideración respecto de la Iglesia dejó de ser atendida celosamente por Carlomagno. Impulsó los estudios, adjudicándoles un fin puramente religioso, hasta el punto que se llegó a decir que los tres dedos que sostienen la pluma al escribir son representación de la Divina Trinidad. Carlomagno es solícito con los bienes y las personas de la Iglesia, atiende a su inmunidad y mejoramiento, colma de donaciones a los obispos y monasterios y decreta como obligatorios los diezmos en toda la extensión de su territorio imperial. Impone la reforma de la escritura y la severa observancia de las reglas estrictas del canto en los templos. En fin, no hay matiz de la vida eclesiástica que no merezca del emperador el cuidado que permite a la Iglesia una serenidad, un prestigio y hasta una influencia que no había conocido desde los tiempos de Constantino.

Pero si todo este interés por la Iglesia hubiera sido irreflexivo o ciego, podría tenerse a Carlomagno por un fanático irresponsable. No es así, sin embargo. Carlomagno deseó para sus funcionarios y colaboradores la instrucción que sólo podía adquirirse en las escuelas de la Iglesia, y a ellas los envió. Quiso organizar su Estado, calcándolo de las formas eclesiásticas, y deseó, sobre todo, impulsar el estudio del latín, a fin de que sirviera de lengua administrativa de Europa, como ya había sido su lengua religiosa. Este fué el mayor de los inconvenientes opuestos al afán del emperador, porque en territorios tan extensos como los de su Imperio, donde se hablaban tantos dialectos y lenguas, y en que tanto funcionario era analfabeto, imponer un idioma ajeno al de su provincia a los habitantes de cualquiera de ellas, o simplemente a sus funcionarios, era como

sumergirlos en un caos del que difícilmente podría extraerse la eficacia debida. Pero las necesidades del Estado imponían la latinización, perfectamente comprendida por Carlomagno, a quien se ve durante los últimos años de su vida esforzándose por aprender a escribir, cosa en la que nunca pudo adquirir ya gran soltura. Eginhard, que fué su secretario y escribió su *Vida*, nos lo muestra empleando sus horas de insomnio en dibujar penosamente algunas letras sobre una pizarra. Su ambición cultural le condujo a formar una pequeña academia en la propia corte, escuela donde se formaban los jóvenes de las mejores familias del Imperio, quienes así se preparaban para ser más tarde dignatarios de la Iglesia o de la administración.

Todas las facetas de esta última rama de la vida pública fueron asimismo vigiladas por Carlomagno, reformándolas, teniendo por tipo la organización eclesiástica. Las instituciones católicas le inspiraron un sin fin de tentativas de perfeccionamiento e innovación en todos los dominios de la vida civil y administrativa. A él se debió, entre otras reformas, la sustitución del procedimiento formalista, propio del Derecho germánico, por la prueba judicial, que calcó de los tribunales eclesiásticos, mientras que la idea de la fiscalización administrativa se realizó por medio de los *missi domini*, que eran una especie de comisarios ambulantes encargados de vigilar la conducta de los funcionarios. En todo caso, Carlomagno se preocupó de proporcionar una cultura nueva, sólida y viva a sus súbditos. Su protección en favor de las letras y de los letrados fué muy decidida, especialmente la que dispensó a Alcuino de York, que dirigió la academia de la corte y se ocupó, a instancias del emperador, de restablecer

viejos manuscritos, escribir tratados didácticos de las artes liberales y trabajos sobre ciencias sagradas. A Alcuino se debió buena parte del florecimiento de la cultura medieval.

Bajo la égida de Carlomagno queda, pues, formada una nueva cultura, una especie de pre-renacimiento, más plenamente europeo e integrador que el triunfante siete siglos más tarde, cuyos adalides, los humanistas de la época, tratarán de despreciar cuando desde tantos puntos de vista fué un esfuerzo unitario y coordinador de las energías europeas digno del más alto encomio. Pero el Imperio, tal como León III lo soñó para las sienas de Carlomagno, no podía perdurar sino con un hombre excepcional como éste lo fué. Sus sucesores rompieron la unión entre las dos potestades y reprodujeron las perturbaciones características de la política medieval, dificultándose y retrasándose así la idea cristiana, amplia y acogedora del Imperio.

La caída de este segundo Imperio de Europa fragmentaba al Continente, sumiéndolo en la pulverización feudal, cuyos señores, ambiciosos y voraces, no permitirían el prevalecimiento de la idea unificadora, contraria a su codicia y medro personales. Pero al mismo tiempo dejaba desamparado al poder eclesiástico, puesto que ya no se podía esperar la ayuda de una potestad temporal fuerte y armada en favor de la Iglesia, para hacer respetar las altas decisiones del Papado. Los señores feudales se enfrentan orgullosos ante la soberanía de los reyes apenas decae el Imperio carolingio, socavado en su base por el roído de aquéllos. Las circunstancias políticas de la época y la organización social protegen a la aristocracia, que se declara a sí misma pueblo, y en cierto modo sin faltarle razón,

puesto que ha avasallado al pueblo, y éste ha sido absorbido por ella, viviendo bajo su protección y jurisdicción, arrebatadas al poder público del Estado. La relación directa del poder real con los vasallos decrece por momentos, y se vigoriza, en cambio, el poder feudal, que ante el rey resiste pesadamente cualquier intento de menoscabo en las funciones que éste pudiera imponer. El emperador, de derecho, tiene facultad de destituir a los condes, por cuanto es él mismo quien los nombra. Pero, de hecho, son absolutamente inmovibles, y el poder real aparece del todo impotente ante ellos. El Imperio comenzó a debilitarse en manos del hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso, para desperezarse en las de los hijos de éste.

Pero la Iglesia no abandonó nunca la idea del Imperio, es decir, de la unidad europea, y los sufrimientos y sacudidas experimentados en su propia existencia, a falta del brazo fuerte imperial sobre que había de reposar, le confirmaron en su creencia. Correlativamente al asalto del poder monárquico por los señores feudales, el Papado había debido padecer asimismo el de los feudales romanos. Es cierto que el nombramiento de Papa seguía reservado a la comunidad católica y al pueblo de la ciudad, pero, a partir de la decadencia del Imperio, los feudales presionaron estas libres decisiones de las fuerzas electoras. Los Papas de aquella época mueren frecuentemente asesinados o en prisión. Otras veces son derribados por el partido más potente si el elegido no es de su agrado. Se comprende el fermento de desmoralización que toda esta intrigante estructura había de llevar a los repliegues de la vida social.

El Papa, cuya elección se debió en no pocos casos

a la más evidente arteria del señorío feudal romano, había de ser, sin embargo, el que restableciera el Imperio. Así ocurre con el caballero Alberico de Tusculum, señor de Roma, quien, antes de morir, arrancó a los romanos el reconocimiento de su hijo Octavio como su sucesor y Papa futuro. Muerto Alberico, Octavio fué llevado al solio pontificio sin más trascendencia que la de haber recibido cualquier otro feudo. Tenía Octavio dieciocho años a la sazón y ciñó la tiara con el nombre de Juan XII. En el año 962 llamó a Roma a Otón I, fundador de la casa de Sajonia; y colocó sobre su cabeza la corona imperial, restableciendo el antiguo pensamiento de la Iglesia, y con él el Sacro Imperio Romano Germánico. Tal vez no encontró la Iglesia en el nuevo Imperio aquella firme y clara apoyadura que significó el de Carlomagno, pero, no obstante, tuvo la virtud de cohesionar la parte más discolta y difícil de Europa. Los emperadores entraron en discusión y pugna con el Papado infinitas veces, y la tradición carolingia no fué revivida. Si el Imperio gobernó de acuerdo con la Iglesia, lo fué respecto de los obispos; pero de ningún modo respecto del Papa, que sólo sirvió para coronar a los emperadores, a pesar de cuyo poder los señores feudales continuaron ejerciendo su presión contra el Estado y contra la Iglesia. Esta fué atacada por las fuerzas aristocráticas en toda la línea. Cuando no otros asaltos a las zonas más altas, los señores se complacían en dirigirlos contra los monasterios, de los que se hacían nombrar abades para apoderarse de sus bienes y constituirlos en dominios propios, con detrimento natural de la propiedad monástica.

Triste y gloriosa crisis para la Iglesia, por cuanto

de ella habría de salir con la fuerza que le proporciona siempre su misión sobrenatural, no desmayando en el camino de su enaltecimiento. Y ello enteramente sola, sin fuerzas materiales que le sirvieran de sostén. Porque a diferencia del Estado, el mal en la Iglesia no pasa ni puede pasar nunca de la superficie. La expansión feudal la hace resentirse y resquebrajarse, pero su constitución no es alcanzada. Nada esencial se destruye ni puede en ella destruirse por grande que fuese la confusión y el relajamiento. La trayectoria de la Iglesia, una vez desengañada del nuevo poder imperial en quien pudo cifrar su esperanza algún día, es de confianza en sí misma y en sus propios medios.

El renacimiento de la fe popular sincroniza con la reforma de Cluny y con la circumspecta compostura que los nuevos monasterios y monjes trajeron a la corrompida situación de los distintos medios sociales, y la Iglesia conquistará, en los siglos X y XI, el privilegio de estimación pública y política a que se hace acreedora tras los tiempos de error y de vicio, que pudieron dar origen a apartamientos de los débiles de espíritu y de conciencia. Los monjes, y sobre todo los de Cluny, son los artífices de este rejuvenecimiento de la fe y del sentimiento religioso. En lo sucesivo, poscerá la Iglesia por sí misma el ascendiente sobre las almas y la fuerza de aislamiento para no tolerar entrometimientos laicos en sus fines y organizaciones. Mas no se crea que a este florecimiento no hayan de oponerse obstáculos. Sucederán las contiendas de emperadores y Papas; surgirá la famosa "querrela de las investiduras", en que ambos poderes discuten jurisdicciones sin lograr ponerse de acuerdo, hasta que un Papa egregio y ejemplar, Gregorio VII, da fin al pleito sin

menoscabo de la autoridad eclesiástica. Gregorio VII es uno de los dos Papas que fortalecieron y dignificaron el prestigio de la Iglesia. Acometió con resolución su reforma, cortando relajaciones y lenidades, para implantar un estado de cosas absolutamente moral y respetable. No hubo para él aspecto eclesiástico que no sintiese la necesidad de remover y ennoblecer, y apenas se penetra en la estructura o en la historia de la Iglesia, que no nos encontremos el adjetivo "gregoriano", con la misma resonancia de realce y distinguido decoro con que lo fuera en su época.

Gregorio VII sostuvo ante el emperador Enrique IV los derechos de la Iglesia a nombrar por sí sus dignatarios. En sus medidas llegó hasta excomulgar al emperador, absolviendo a sus súbditos del juramento de fidelidad, supremo recurso del Papado en una Europa fusionada por la vía cupular de la religión, frente a cuantas empleaban los emperadores haciéndose notificar el nombramiento de los futuros Pontífices, tratándo de escogerlos por sí mismos e imponer sus nombres a los electores, lo cual significaba una intromisión en la contextura eclesiástica, dando lugar a nombramientos de "anti-papas" o papas falsos. Enrique IV, excomulgado por Gregorio VII, se vió abandonado de todos; tal era el predicamento que el Papado ejercía sobre el mundo cristiano y su fuerza reparadora ante los abusos de poder. Por ello, para obtener el perdón del Pontífice, hubo de peregrinar a Canosa haciendo pública penitencia. El conflicto no terminó ahí, sino que siguió incluso tras la muerte de Gregorio VII, acordándose poco después el Concordato de Worms, entre el Papa Calixto II y el emperador Enrique V, en virtud del cual se reservaba la Iglesia la

investidura de los Prelados por el báculo y el anillo —insignia de la jurisdicción eclesiástica— y se adjudicaba al Imperio la investidura del cetro, emblema de la jurisdicción feudal.

La segunda etapa de la contienda entre Pontificado e Imperio se originó al intentar Federico I Barbarroja la resurrección de las ideas del Imperio romano pagano, según las cuales el emperador era dueño absoluto de todo, y tanto los legos como los eclesiásticos debían recibir de él todos sus derechos y propiedades. Dos partidos apoyaron en Italia las pretensiones respectivas de Imperio y Papado: los gibelinos y los güelfos. Con la ayuda de éstos, Alejandro III consiguió derrotar al emperador en 1176. Todas estas anomalías revelaban que el restablecimiento del Imperio de Carlomagno era totalmente inasequible por el momento y que, al separarse cada vez más y mantener contrapuesta su potestad con la de la Iglesia, el emperador favorecía la anarquía europea, preparando la escisión nacionalista que tantas guerras y desastres ha traído a Europa. De este pleito se sigue la decadencia del Imperio y el apogeo del Papado, culminante en Inocencio III, que fué muy cuidadoso en infiltrar la influencia preponderante que representaba en la vida universal de su tiempo.

La caída del Imperio romano-germánico fragmentaba a éste de nuevo sumiéndolo en el desorden feudal, cuyos señores, ambiciosos y voraces, no dejarían prevalecer la idea unificadora; pero al mismo tiempo dejaba inayudado al poder eclesiástico, puesto que ya no se podía pensar en un poder temporal fuerte y armado en favor de la Iglesia, para impedir las guerras, apoyando las decisiones más altas del Papado. Este había

de fortacclerse en su ascensión hacia la universalidad de su poder reparador con dos figuras egregias. Es la primera, esa de Gregorio VII, que ya hemos citado, quien acometió resueltamente el problema de organización interior de la Iglesia, cortando relajaciones y lenidades, para implantar un estado de cosas absolutamente puro y respetado. El otro Papa bajo cuyo influjo se logró el apogeo del poder eclesiástico fué Inocente III, cuidadoso de infiltrar en la vida universal de su tiempo la influencia preponderante del poder altísimo que representaba. Sus anhelos, llevados a ejecución con decidida entereza, elevaban el *imperium* papal muy por encima del de los príncipes de la tierra, ya que el de éstos no se daba más que sobre los cuerpos, en tanto el Papa regía el mundo inasequible y eterno de las almas. Inocente III hubo de intervenir activamente en la vida política de muchos Estados, combatió a algunos monarcas, obtuvo vasallajes, organizó Cruzadas y reunió el 1215 el Concilio ecuménico de Letrán, la más grande asamblea de la Edad Media, en la que se adoptaron represivas medidas contra los herejes.

La preponderancia papal culmina en la organización y expedición de las Cruzadas, obra enteramente debida a la influencia y prédica de la Roma papal, y sobre cuya consecuencia bien vale la pena de hacer unas cortas reflexiones. Las Cruzadas fueron organizadas por la Iglesia. Representaban un momento álgido y sin par hasta el día, de unidad continental. Un motivo de prosapia espiritual unió en enfervorizado aliento al pueblo europeo, sintiéndose como el hijo mayor de la Iglesia, a quien compete la defensa de sus magnos postulados redentores. Europa se puso en marcha a la

voz del Papa, impulsada por un hálito a la vez espiritual y de alta humanidad. Hasta entonces, los árabes de Bagdad habían respetado a los místicos viajeros que en peregrinaje se dirigían a Oriente para orar ante los Santos Lugares, pero una vez se hubieron apoderado de Jerusalén los turcos, el panorama de la hospitalidad se trocó en cruel persecución de los cristianos llegados a adorar el Sepulcro del Redentor. Un propagandista fervoroso, Pedro el Ermitaño, regresado de Palestina, indignaba a los sencillos corazones de los cristianos de Europa entera, relatando con verbo brillante las crueldades que había presenciado. El Papado dirigió en seguida un llamamiento a la cristiandad, y los caballeros de tanto feudo y de tanta comarca como guarda esa Europa múltiple y una de todos los tiempos, se sintieron igualmente solicitados por el altísimo requerimiento para arrancar de manos de los infieles el Sepulcro sacrosanto.

Si las Cruzadas no hubiesen tenido, como algunos críticos suelen subrayar con irónica suficiencia, otra consecuencia de tipo económico, social o político, ésta de juntar en unas mismas filas a los caballeros que hasta entonces se destrozaban entre sí, ya hubiera sido una hermosa lección de agudeza política por parte de Roma, que conjuró, en tanto duraron, las luchas intestinas de Europa. Pero, además, mitigaron el poder abusivo de los señores feudales, ya que las fuerzas que participaron en la expedición no lo fueron a costa de ningún Estado ni del propio Papado, sino que las facilitaba el propio feudalismo, no pudiendo así aprovecharlas para sus fines particulares. Las Cruzadas, en particular la primera, más brillante, que dió por resultado de liberación de Jerusalén, fueron, por este mismo

concepto que acabamos de exponer, la guerra europea por excelencia, no como expresión de desgarré continental, sino como su más perfecta visión de unidad. Los caballeros acudieron guiados por incentivos enteramente espirituales. Ni el comercio, ni el botín, ni los rehenes. Simplemente la fe en una luz interna, superior inextinguible, que los Papas se cuidaron de alumbrar debidamente, pudo hacerlos abandonar sus hogares. Un ejército magníficamente equipado y aguerrido, sin la autoridad suprema de un solo rey, y no costando dinero en su preparación, sólo podía obtenerse mediante el aliciente nobilísimo de la religión, alejado del materialismo que suele ser objetivo de otras guerras.

La referencia puntual de las diversas Cruzadas se hallará a mano en cualquier tratado de Historia que consultemos. Cúmplenos, en este estudio de causas y efectos, de investigación de las fuerzas motrices que jugaron en los grandes momentos de unidad europea, señalar este hecho de la mezcla de guerreros de diversos países ante el enemigo común, con lo cual se pone de relieve una solidaridad continental que a la Iglesia no dejó jamás de interesarle principalmente. Tampoco puede menospreciarse el factor cultural proveniente del desplazamiento de hombres de toda Europa hacia las regiones orientales, con lo que debían traer la remembranza de exóticos ambientes, costumbres e industrias. Por otra parte, en la expedición habían de encontrarse vestigios de la administración admirable del Imperio romano todavía vigente, si bien en estado de momificación en el ya descaecido Imperio bizantino. Y, finalmente, desarrollaron el gusto por los grandes viajes, hasta entonces inexistente en Europa, encerrada dentro de su concha. El feudalismo, a cuyo cargo corrió

el equipo y preparación de las huestes, sufrió el consiguiente quebranto material, que habían de acrecentar las noticias sobre organización de otros países, aun inspirada en los moldes gloriosos del mundo antiguo. Y en un sentido comercial, Venecia y Génova, puertos por los que se inició el tráfico con Oriente durante ese tiempo, saben cuánto deben a las Cruzadas, de las que, a pesar de los escepticismos y de las indiferencias, nadie ha osado todavía arrebatarse a la Iglesia la gloria de haberlas imaginado y dado forma.

En síntesis, la Europa cristiana aparece en la época de su preeminencia como producto natural de una influencia superior, representada por la aristocracia del espíritu que es la Iglesia. Si en su aspecto externo pudo contaminarse de los defectos feudales contemporáneos, precisa revelar que aquéllos estaban arraigados en las conciencias y en los ambientes, y que mal podía la Iglesia, en lo que tiene de humana, sustraerse a su efecto. Pero si los obispos y abades mitrados, que tantas veces debían la investidura a su origen nobiliario, eran también deudores a éste de cierta rudeza campesina y militar, no es menos cierto que la dirección suprema de la Iglesia escapa a esta tendencia, y todos los grandes Papas de la Edad Media provienen del pueblo, y conservan de él su alto sentido de comprensión y generosidad. En todo caso, habrá que recordar a Renan: "lo que importa son las líneas generales, los grandes hechos concluyentes que permanecerán ciertos aun cuando todos los detalles fuesen erróneos". Sin ninguna vacilación cabe afirmar que el único elemento de justicia y de orden, el único resplandor netamente europeo, es el de la Iglesia durante todo el medievo. Entre el desorden, la confusión y las luchas intermina-

bles, se alza la imponente voz de Papas egregios como Gregorio VII e Inocente III, con la conciencia de representar a un Dios inmortal y supremo legislador, y de defender el orden romano, del que se sienten depositarios sacros.

Por encima de la sociedad europea de la Edad Media aparece siempre la idea de la Iglesia, admirablemente jerarquizada, como una sombra protectora de desvalimientos, bajo el alto patrocinio del Papa. Verdad es que éste no logra evitar las guerras, pero las guerras en la Edad Media no están consideradas aparte del derecho, sino que constituyen, por el contrario, uno de sus elementos, por cuanto pueden ser instrumento de la justicia y manifestación del juicio de Dios. Las guerras son una de las formas de la vida, y las virtudes militares nunca fueron desdeñadas por la Iglesia. Además precisa observar que las guerras, en aquella época, carecían de carácter nacional, eran casi siempre empresas privadas entre señores, con objeto de defender derechos hollados o preeminencias negadas. La misma guerra de los Cien Años no es, al comenzar, sino una querrela feudal que enfrenta a los franceses, unos contra otros, siendo preciso llegar al final, a la época de Juana de Arco para advertir un matiz apreciado *a posteriori* como nacional. Sólo el servicio de un señor lanza a pequeños núcleos en lucha unos contra otros sobre toda la extensión de Europa. El Papa, señor de señores, moviliza el Continente en nombre de Dios para combatir al infiel que amenaza el patrimonio común, y entonces se inician las Cruzadas, que son acción de Europa entera.

La idea de nación no existe durante esos largos siglos tal como la forjó el nacionalismo racionalista del

siglo XIX: Las agrupaciones humanas de la época, una vez hundido el Imperio Romano, se limitan a las células sociales más elementales: familia, dominio agrícola, aldea, ciudad. No hay lazos espirituales, aparte el Cristianismo, que anuden los hombres y las comarcas de Europa, sino uno: el latín, porque es el lenguaje de la religión y el idioma de los clérigos. Esta es, con el Papado, la sola idea de unidad que permanece en la época de la disgregación y fragmentarismo. Y si la capital del mundo cristiano es Roma, por residencia papal y capital política de Europa, la capital espiritual es París, donde acuden de todas partes los clérigos y los que aspiran a serlo. La Sorbona es el centro de atracción de la Europa culta de la época.

Este régimen, con variaciones no esenciales, duró ochocientos años. No se sabe cuál hubiera sido el destino de Europa si en esta época hubiese faltado el cristianismo, que, guiado por el espíritu de Dios, venció las más terribles tormentas de la Historia. En medio de una sociedad desordenada, que sólo reconocía la fuerza como origen del poder, la religión católica consigue defender un derecho más alto y espiritualizado, que no era sino recuerdo dudoso para la mayoría de los codiciosos señores del momento. Y como herencia de todo aquel período quedará la idea de cohesión europea debida a la Iglesia, y sólo a ella. La unidad espiritual de la civilización europea fué impuesta desde Roma contra todas las asechanzas y emboscadas. Unidad continental, tan ausente de la mezquina idea nacionalista, que ni siquiera para mientes en que hallándose el Papado establecido en Roma, sea París centro de reunión de la cultura cristiana, como Santiago de Compostela lo fué de la piedad europea. La Cruz triunfaba con in-

contenible ímpetu a través de un Continente en fuego y ruinas. Mientras las milicias compactas de Europa triunfaban en Oriente, España remonta con denuedo y brío sublimes su terrible era de crisis como poder europeo, recortando en sus ámbitos, día a día, año a año, siglo a siglo, la dominación del Islam. En una Cruzada de ocho centurias, firme en la inquebrantable decisión de salvar su egregia personalidad de todo orientalismo disgregador y enervante, el territorio español va tomando la configuración de gran Estado imperial, cuya fuerza interna y aliento dominador son tan vastos que no habrán de bastarle para contenerlos los confines de Europa, y en un desbordamiento magnífico e insuperado, vencerá los mares ignotos para llevar la fe de Cristo y ensanchar así los dominios de Occidente hasta las más remotas tierras americanas y oceánicas. De su seno ha de surgir otro gran momento crucial de unidad y triunfo de Europa: el Imperio hispano, pináculo más alto y cupular a que nunca haya llegado el Continente.

EDUARDO AUNÓS.

